

Pukará. Misiones secretas de la Guerra del Pacífico
©Andrés Valenzuela
Inscripción de Propiedad Intelectual n° 298.448
©Ediciones del Desierto Ltda.
Volcán Lascar 67, Ayllu de Solor, Comuna de San Pedro de Atacama, Región de Antofagasta.
Contacto: diego@edicionesdeldesierto.cl
ISBN 978-956-9693-21-2
Portada y conversión Epub: Magdalena Contreras
Primera edición, 2020

*Ain't found a way to kill me yet
Eyes burn with stinging sweat
Seems every path leads me to nowhere*
"Rooster", Alice in Chains

I

Es el hedor de la guerra lo que no ha dejado de asquearle.
Le dijeron que se acostumbraría, pero no ha sido así y piensa que tal vez nunca se le quite de encima.
De inmediato abandona la idea.

Implica dar por sentado que hay un futuro.
Que se saldrá con vida de todo eso.

El teniente Tomás Robledo carraspea e inspira.
Bordea los treinta años y tiene un porte de cierta estampa, lo que resalta con la ceñida chaqueta azul de botones dorados del uniforme, que lo completan unos pantalones de un rojo oscuro y unos calamorros cubiertos de tierra.
Tiene el cabello negrísimo bajo el quepí y su rostro de piel quemada por el sol es de semblante sereno, con una mirada calma, nariz aguileña y solo con un delgado bigote alborotando su rostro.
Está sentado frente a una mesa en una tienda de campaña.
El vasto desierto muestra lo que dejó la batalla que acaba de terminar.
Una escuadra de soldados marcha en una expedición de reconocimiento.
Al fondo un grupo de oficiales inspecciona unos cañones Krupp que aún sueltan restos de hollín y humo.
Al otro extremo unas cantineras junto a un capellán asisten a un grupo de heridos tirados sobre la pampa.
A un costado de la tienda se prepara el rancho que expele un fuerte olor a condimento.
Personal sanitario y de las ambulancias acarrea cadáveres apilándolos junto a una gran pira que arde con un potente fuego al que son arrojados.

El teniente Robledo vuelve a carraspear.

Más que el miedo a morir incluso.
Siempre es el hedor.

El oficial que está de pie a su lado hace lo propio.

–Diga algo pues, teniente Robledo –dice.

Es bastante mayor, supera los cuarenta años.

Tiene el cabello entrecano, el rostro ajado por el rigor de la campaña, una frondosa barba y algo de barriga que tensa la chaqueta del mismo uniforme que viste el teniente Robledo.

Los galones que lleva en los hombros denotan un rango superior.

–Es que me toma de sorpresa, capitán Fuenzalida –reconoce el teniente Robledo–. Pensé que con la batalla ya había tenido suficiente. No sé si le pasa a usted, pero después de pelear como que me siento medio atontado.

A continuación mira el portafolio de cuero que previamente el capitán Fuenzalida había dejado sobre la mesa.

–Pues se va a tener que avispar nomás –contesta el capitán Fuenzalida, pasándose la mano por la barba–. Esto hay que hacerlo en reserva, pero sobre todo, rápido. Pelearon bien bravo aquí estos cholos y por lo mismo es que hay que seguir.

El capitán Fuenzalida mira la pira de cadáveres que arde.

No se distinguen uniformes.

Solo es humanidad chamuscada.

–Yo creo que todos, capitán –dice el teniente Robledo–. Lo de pelear, me refiero. Coge el portafolio, lo abre y revisa los documentos una vez más. Luego lo cierra y vuelve a dejarlo sobre la mesa.

–Si el problema no es eso –agrega–. En realidad, nunca lo ha sido.

El capitán Fuenzalida sonrío.

–Supuse que me saldría con algo así –replica–. Aunque cuando desde el círculo más cercano al general Baquedano se me encargó encontrar un oficial para esto, no pude pensar en nadie más que en usted. Incluso aunque supuse que me saldría con algo así.

Su voz suena algo resentida luego de gritar órdenes en el fragor de la batalla.

El teniente Robledo en principio no responde nada.

–Entiendo que es hombre de leyes –dice el capitán Fuenzalida a continuación–. Antes de la guerra, me refiero. Y eso explica muchas cosas; la ley se interpreta como más convenga. ¿Abogado?

–Era oficial escribano en un juzgado de distrito –explica el teniente Robledo–. Pero sí, conozco algo de leyes. Y supongo que para ustedes eso debe explicar muchas cosas.

El capitán enarca las cejas. Luego sonrío.

–Es buen hombre usted, Robledo –dice a continuación–. Supongo que ustedes son necesarios, como para que no todo sea del mismo color.

El teniente Robledo frunce el ceño.

–Aunque acá vayan todos en fila uniformados repitiendo las órdenes –responde–, tampoco tenemos que pensar todos igual. Y no podemos negarnos a ver las cosas por mucho que no nos parezcan. En algún momento pasan la cuenta. Así que sí, gente como yo es necesaria.

El capitán endurece un momento el gesto, pero termina por volver a sonreír.
El teniente hace lo propio.

–Usted es militar de carrera –continúa el teniente–. Entiendo que vea las cosas así. Pero no me va a negar que esto no es nada la gloriosa travesía patriótica que los narradores del ejército están vendiendo en los meetings en Santiago.

–Al contrario, teniente –responde el capitán sin parecer ofendido–. Los militares sabemos mejor que nadie lo que significa una guerra. Habría que ser un imbécil

para no ver todo el daño que generan y por lo mismo instamos a que acaben lo más pronto posible y, cómo no, con una victoria.

Guarda silencio un momento. Se fija en el acceso a la tienda de campaña, como verificando si hay alguien más por ahí cerca.

—Yo no soy el general Baquedano —agrega en voz más baja—. No soy el general Escala, ni don Justo Arteaga o ese marino Galvarino Riveros. Yo soy un militar de carrera, sí, pero al igual que usted solo un mando medio más y me limito a cumplir las órdenes.

El teniente Robledo se queda un momento en silencio.

Según las órdenes, ambos serán los oficiales de enlace de aquello que se ha encargado.

Eso significa que van a tener que trabajar juntos.

No va a ser un idilio precisamente.

—Yo solo quiero ganar esta guerra —agrega el capitán—. Si la ganamos, nuestro país se verá enriquecido. Soy un hombre simple y eso es todo lo que veo.

—El problema, capitán, es que las cosas no suelen ser tan simples —señala el teniente Robledo—. Ni aun cuando se ven simples. Y créame que esto no se ve nada de simple.

—¿Cómo no va a ser simple? —pregunta el capitán Fuenzalida pasándose la mano por la barba otra vez—. Nos sacamos la cresta con los peruanos y los bolivianos en este peladero y el que gana se queda con los territorios.

El teniente Robledo escruta el rostro del capitán buscando trazas de ironía.

No logra definirlo así que guarda silencio.

—Acaba de caer Tacna —sigue el capitán—. Ahora vamos por Arica y la pelea solo es con el Perú. Porque parece que ya no vamos a tener muchos más bolivianos metidos. Y pensar que esto empezó por un asunto con ellos y ahora resulta que dejan solo al Perú cargando el muerto. Es bien putamadre la vida cuando quiere. ¿Pero ve que es sencillo?

—Bueno, si usted lo ve así está en su derecho —responde el teniente Robledo—, pero hay cosas que se le están escapando

—¿Como qué? —pregunta el capitán.

—Usted sabe —replica el teniente Robledo—. A eso me refería con que no es bueno negarse a ver las cosas, sobre todo cuando son evidentes.

El capitán Fuenzalida asiente.

—Supongo que se refiere a eso de que peleamos esta guerra por intereses de otros —dice a continuación—. Desde ya le digo que eso no es así y que Chile ganará mucho con esto.

—No solo Chile —agrega el teniente—. Porque los ingleses nos apertrecharon el ejército no por bondad. En algún momento van a pasar la cuenta por su inversión. Acuérdense que hartas de las salitreras son de ellos.

El capitán Fuenzalida sonrío una vez más.

—Tiene harta imaginación usted, teniente—responde el capitán—. Un talento eso de ver donde otros no vemos, sobre todo cuando no hay nada que ver. En todo caso, le recuerdo que nuestro deber es pelear; de donde vengan los fusiles o los uniformes no nos concierne.

El teniente se pellizca el bigote.

—Nuestro deber es ganar esta guerra, capitán —responde a continuación—. Para eso me vine aquí de voluntario. Y para eso, hay que pensar un poco. El no hacernos cargo de...

—No me lo explico —le interrumpe el capitán—. No dudo de sus capacidades, por algo lo elegí para este trabajo, pero a veces suena como una mula quejándose.

¿Acaso importa quién nos compra los putos fusiles? Ya veremos qué pasa después. Lo importante ahora es ganar la condenada guerra y...

—Hay una diferencia —le corta el teniente Robledo, ensombreciendo el tono—: yo estoy aquí solo por los intereses de mi gente. De nadie más. A eso vine a este peadero. A nada más.

El capitán enarca las cejas, pero no responde.

—Por eso es tan importante quien más está detrás —agrega el teniente—. Los muertos los ponemos nosotros. Y que este lugar esté lleno de caliche y haya manos europeas metidas lo cambia todo.

—Está enredando las cosas —musita el capitán Fuenzalida—. No nos corresponde opinar sobre esto. Además...

—Yo vine aquí a cumplir mi deber —le corta el teniente—. Y como usted dijo, por eso nos destripamos con peruanos y bolivianos. Que después vengan ratas a llevarse lo que pueda quedar sin haber puesto un puto pie en esta pampa, digamos que no me parece.

El capitán Fuenzalida se queda en silencio.

Afuera de la tienda puede escucharse a la tropa celebrar que el rancho está listo.

La banda de músicos toca una festiva fanfarria.

El olor del guiso de carne y papas se mezcla con el de los cadáveres calcinados.

—Arica es lo que sigue y caerá pronto —sentencia por fin el capitán cambiando de tema—. Por eso nuestras órdenes son tan importantes. Tienen que ver con lo que viene después, la expedición en territorio peruano y el asedio a Lima. Son las únicas condiciones que permitirían negociar un alto al fuego.

Esta vez el teniente está de acuerdo.

Asiente de manera lacónica con la cabeza.

—Así parece —coincide—. Si el general Baquedano va a estar ahora a cargo de todo, solo queda esperar algo así. Como usted dijo, los militares creen ser los que mejor saben cómo llevar una guerra. Sin importar cuánta sangre cueste.

El capitán Fuenzalida solo le mira.

—Ahora están ustedes a cargo de todo —concluye el teniente Robledo—. Que Dios nos pille apropiadamente confesados.

El capitán se ajusta el quepí.

Percibe la conversación como agotada.

Siente que pudo ser peor.

Habrá tiempo para más en otras instancias.

Vaya sí lo habrá, considerando las mentadas órdenes.

El capitán se dirige a la salida de la tienda de campaña, pero antes de abandonarla se detiene.

–Pensé en usted para esto no solo por su capacidad y compromiso, teniente – dice–. También porque esto requiere salirse de ir todos en fila uniformados repitiendo las órdenes.

El teniente Robledo tuerce la boca en una mueca y se pone de pie.

–Estas órdenes significan hacer guerra sucia –responde–. Y eso es lo que se hará, pero no pretenda que yo...

–Toda guerra es sucia, teniente –le corta el capitán volviéndose a la salida–. Trate de verle el lado práctico: en una de esas y terminamos antes con todo esto.

Se hace un breve silencio entre ambos.

–Organizar este escuadrón suicida –dice el teniente Robledo–. Que haga lo que no podemos justificarnos hacer, que metan las manos hasta el fondo en la mierda y que se jodan en una misión secreta de la que nunca nadie sabrá, y con justa razón. Suena muy práctico.

El capitán Fuenzalida solo le mira y abandona la tienda.

Afuera ya se sirve el rancho a la tropa.

Camina por las calles adoquinadas con rapidez.
A pesar de la gélida mañana, siente que ya ha entrado en calor.
El trayecto bajando por calle Moneda desde su casa resulta preciso.
Suficiente para despertarse con el fresco en las mañanas de verano y para no congelarse durante el invierno.
Los faroles de gas todavía iluminan el centro de Santiago y resultan más que necesarios pues apenas despunta el alba.

A su izquierda el palacio de La Moneda se erige con su clásica arquitectura de portales y fachada estirada, con las dos grandes piletas de agua delante que flanquean la plazoleta con la estatua de Diego Portales y que a su vez enfrentan al largo edificio de dos pisos, grandes ventanales enrejados y apropiada estética marcial, ubicado justo frente a La Moneda.

Camina con prisa aquel último tramo hasta llegar al portal de acceso al edificio, adornado con columnas, elegantes arcos y un pequeño reloj y la denominación en su punto más alto.

«Ministerio de Guerra i Marina».

Abre su abrigo, saca un reloj de bolsillo y confirma que son las siete de la mañana.

A ambos extremos del portal hay un soldado del regimiento Granaderos a Caballo con un fusil Gras al hombro.

Ambos soldados hacen sonar los tacos de sus botas y se ponen firmes, algo que siempre le causa gracia, no siendo él ninguna autoridad.

Ya hay actividad en algunas oficinas.

Camina por largos pasillos embaldosados y altas galerías, luego sube unas escaleras y avanza por otro pasillo más del segundo piso hasta llegar a las puertas de madera de un despacho.

Abre e ingresa a una amplia oficina con piso de parqué.

Hay solo dos escritorios dispuestos hacia los extremos laterales y al centro, sobre una gran mesa, está dispuesto un mapa. Al fondo hay dos ventanas enrejadas que permiten ver el palacio de La Moneda al otro lado de la calle.

Un candelabro de hierro con gruesos velones que cuelga del techo ilumina el

despacho.

En uno de los dos escritorios hay alguien sentado escribiendo un documento con una pluma.

—Llegas tarde, subalterno —dice el personaje sin levantar la vista del documento. El referido se limita a caminar hasta el otro escritorio, quitarse el abrigo y luego sentarse.

—No llegué tarde —dice—. Tú llegaste más temprano porque pasaste de largo en la farra. Digamos que lo clásico de un lunes tuyo, ¿no?

El otro personaje ahora sí deja a un lado el documento y levanta una ceja.

—Al menos hablé con alguien —responde—. A ti deberían enviarte al desierto. E incluso allá encontrarías que hay mucha gente.

Ambos se largan al reír.

El primero es un sujeto de cierto porte intimidante cuyo nombre es Ramiro Hernández.

De piel morena y cabello negrísimo, peinado de manera elegante hacia atrás, tiene un rostro anguloso, con una nariz prominente y un ancho bigote adornando una boca de labios gruesos. Todo el conjunto ostenta cierta tosquedad que exuda una sensualidad animal, lo que se reafirma por el brillo de su mirada de ojos oscuros.

El otro personaje es delgado y de piel cetrina, lleva el cabello negro peinado hacia el lado y también usa bigotes, aunque más finos y estilizados. Es algo más alto y esbelto, dándole un aspecto más jovial, aunque también menos vívido. Su rostro angosto coincide con su complexión y su mirada de ojos negros denota cierta glacial distancia con todo.

Su nombre es Emiliano Vergara.

Ambos bordean los treinta años. Visten pantalones oscuros, camisa y levita negra.

Son analistas de un pequeño departamento del ministerio.

—¿Viste el último parte de telegrafía? —pregunta Ramiro—. Todavía no se ponen de acuerdo en cómo atacar Arica. De nuevo nos van a enviar el muerto a nosotros.

Emiliano se incorpora en la silla.

Mira hacia uno de los ventanales enrejados que dan a La Moneda.

—No esta vez —responde—. Ahora que no está el ministro Sotomayor, la batuta la tiene el general Baquedano. No nos van a cargar más muertos, pero eso va a traer otros tantos, esta vez en sentido menos figurado.

Ramiro Hernández se queda en silencio.

Emiliano inspira y se lleva la mano al mentón.

El padre de Emiliano Vergara, que llevaba su mismo nombre, había sido un militar de destacada y dilatada trayectoria en el ejército.

Participó en la expedición chilena durante la guerra con la confederación en la década del treinta y peleó en la batalla de Yungay.

Su madre fue una profesora de nombre Isabel Serrano quien desposó muy joven a su padre, existiendo entre ambos una gran barrera etaria que sin embargo nunca mermó el inmenso cariño que ella sintió por él.

Sin embargo, de eso Emiliano tuvo que enterarse solo de oídas.

Luego de la guerra, Emiliano padre decide permanecer un tiempo en el Perú, radicándose junto con su esposa en Lima.

Luego de unos meses, con Isabel ya embarazada de Emiliano hijo, la pareja decide regresar a Chile para que su retoño naciera ahí.

Emiliano nace en Santiago un día de mucho sol.

El problema sobrevino cuando Isabel vuelve a quedar embarazada casi de inmediato.

Los doctores nunca supieron si eso causó lo que sobrevino.

Aquel segundo embarazo fue un calvario de principio a fin.

El parto una tortura.

El bebé, una niña, consiguió nacer, pero murió a los dos días.

Cinco días después, Isabel también fallecía.

Así quedó Emiliano padre, destruido y con un hijo del que hacerse cargo.

Decide regresar al Perú.

Emiliano hijo vivió una solitaria niñez y juventud.

En barrios acomodados y con una educación de fuerte influencia británica, crece como un joven inteligente y capaz, aunque con un nulo espíritu de cuerpo y un todavía más laxo apego emocional.

Fue poco dado a hacer amigos entre jóvenes que ya solo por su origen extranjero lo consideraban una persona rara. Se le forma para que llegado el momento

y teniendo la edad suficiente ingrese a la academia militar en Chile, aunque ya desde entonces Emiliano demuestra su poca idoneidad y aún menor interés por una carrera de ese tipo.

Para entonces la distancia con su padre ya era enorme.

Unos años después, declarada la guerra con España, Emiliano padre vio un pequeño renacer en su carrera militar, aunque eso afectó aún más su salud, ya bastante carcomida.

Concluido el conflicto, teniendo Emiliano diecisiete años, ambos regresan a Santiago.

En ese contexto Emiliano Vergara hijo postula por fin a la academia militar, donde como era de esperarse, es rechazado.

Eso solo aumento la fría distancia entre padre e hijo.

Considerando fracasada de manera definitiva su carrera militar, Emiliano decide tomar las riendas de su propia vida y entra a la Universidad de Chile a estudiar la carrera de Derecho.

Se le da bastante fácil y se recibe de abogado en solo algunos años.

En ese momento las relaciones entre Chile y Bolivia ya estaban bastante tensas.

El problema del guano y el salitre habían implicado ya un par de tratados de límites.

Emiliano se sustrae a todo eso.

Comienza su ejercicio como abogado, especializándose en asuntos criminales.

Interesado por la reciente codificación y sobre todo por la entrada en vigencia del nuevo Código Penal, su acercamiento a esa disciplina le muestra cosas que antes no había visto.

Puede ver las condiciones de vida de los privados de libertad, hacinados en verdaderos pudrideros humanos como lo son las cárceles públicas.

Previa gestión de su padre es que le llega la oferta de un puesto en el ministerio de guerra y marina.

Las tensiones entre Bolivia y Chile habían llegado a un punto sin retorno y un conflicto armado parecía inevitable. El ministerio estaba en expansión producto de eso.

Su llegada, si bien justificada, no estuvo exenta de dificultades.

Emiliano siempre cuestionó qué tan chilena y no inglesa podía ser la posición nacional.

Eso le hizo objeto de observación de parte de sus superiores y de inmediato se le segregó a trabajar solo.

No era momento ni lugar para semejantes opiniones.

Sin embargo, no es que Emiliano no tuviese claras sus lealtades.

Prueba de ello es que al breve tiempo se hizo igualmente conocida su habilidad nata para los temas militares estratégicos.

Es entonces que se dan dos situaciones que remecen todo.

Fallece su padre y se sabe que Emiliano se crió en el Perú.

Lo primero terminó por definir su carácter, decantando de forma definitiva en la persona que es.

En directa relación con eso, lo segundo caló bastante hondo en las ya tirantes relaciones con la gente del ministerio.

Una cosa eran sus opiniones críticas y polémicas para con el esfuerzo bélico.

Que se supiese que era peruano de crianza hizo que todo su buen cometido por sí solo no bastara.

No viendo otro remedio, Emiliano decidió entonces evadirse en el trabajo.

Renunciar no estaba en los planes de ninguna manera.

Nada había sido culpa suya y sin embargo había tenido que pagar las consecuencias.

Curiosamente, el inicio de la guerra fue lo que hizo que su situación cambiara.

La existencia de un tratado secreto entre Bolivia y el Perú era algo de lo que Emiliano venía escuchando hacía ya un par de años, aunque nunca tuvo certeza. Era información altamente secreta.

Pero cuando la guerra fue declarada, todo eso no solo se hizo público sino que se vociferó lo más que se pudo.

Fue uno de los pilares de la campaña de propaganda para convencer a la gente de que la guerra era necesaria. Se hablaba de traición y por tanto era necesario ir al norte a dejar en claro de qué estaba hecho el pueblo chileno.

Eso hizo necesario a todo el personal en el ministerio.

Para procesar la copiosa cantidad de información que llegaba desde el teatro de operaciones hubo que crear muchas unidades y departamentos.

Dentro de esa reestructuración fue que en el ministerio encontraron la solución al problema que suscitaba Emiliano Vergara.

Un joven ingeniero también daba problemas hacía ya un tiempo en otra ala del edificio.

Extrovertido, amigo de los excesos, con tendencia nata a la insubordinación y fama de mujeriego, su padre, un renombrado funcionario de carrera en diferentes carteras del aparato público se lo había endosado al ministerio y había pasado por diferentes departamentos en donde no había podido encajar por diferentes razones.

La principal era que no parecía tomarse nada muy en serio.

Pero por desgracia, se había vuelto un elemento imprescindible.

Su profesión le ayudaba, pero lo más importante es que había residido durante los últimos años en el Perú por motivos de trabajo. Tenía por tanto un conocimiento privilegiado tanto del teatro de operaciones como de las condiciones en que se encontraba el enemigo.

Estándose con una guerra a cuestas, se había vuelto un problema del que no se podía prescindir.

Entonces a alguien se le ocurrió que eso se parecía mucho a lo que pasaba con otro personaje y así es que se les puso a trabajar juntos.

Se designó al ingeniero Ramiro Hernández como el superior. Como único subalterno se designó a Emiliano Vergara.

Luego se arrojó lejos la llave.

De todo eso había pasado un año de guerra.

Ramiro se reclina en la silla de su escritorio y también mira hacia el ventanal enrejado.

—Hasta donde yo sé el general Baquedano todavía pelea para nuestro bando

—dice con una sonrisa maliciosa—. No veo dónde está lo malo en que quede al mando de su ejército.

Emiliano suspira y niega con la cabeza.

—Tú lo has dicho —responde—: el general Baquedano ve al ejército como su ejército. Del que puede disponer a voluntad sin consultarle a nadie. Nosotros existimos para que el alto mando entienda que los soldados no son un insumo como las balas. Las balas no sangran ni tienen familias.

—Lo tengo muy claro —dice Ramiro Hernández, frunciendo el ceño—. Conozco el desierto. Y es terrible para todos, incluso para el enemigo. Pero no entiendo porque crees que el general es un mal elemento o...

—¿En qué momento dije que era un mal elemento? —plantea Emiliano—. Es un militar de carrera y cercano a su tropa. Si mi problema es que el hombre es de luces más bien cortas. La simple carga frontal que considera su sello personal no es una táctica militar.

Ramiro de inmediato mira hacia las puertas del despacho.

Ha debido acostumbrarse a esas particulares opiniones y procurar que cuando son emitidas no haya nadie más que él escuchándolas.

—Lo único que vas a lograr es que nos manden a marchar por Tarapacá —dice—. Ya te darían un buen mangazo en la jeta si dijeras eso mismo en la chimba o el Mercado Central, pero si lo dices aquí, yo creo que...

—Y aun así seguimos aquí —dice Emiliano—. Los dos seguimos aquí. Si fuera tan nefasto todo lo que hacemos o decimos no creo que...

—En buena parte por influencia de nuestros apellidos —reconoce Ramiro de manera impúdica—. Si no fuera así, puede que...

—Seguimos aquí porque lo hacemos bien —dice Emiliano cogiendo una carpeta—. Y eso nadie lo vio venir. Ya no sé si ponernos a trabajar juntos fue para sacarse dos problemas de encima o una brillante maniobra de alguien. Si así fue, deberían recomendarlo para un ascenso.

Ramiro se queda mirando a Emiliano.

—Y dicen que soy yo el incapaz de tomarme nada en serio —dice a continuación. Emiliano solo asiente.

—No es que no me lo tome en serio —sentencia—. Solo pretendo lo mejor para toda esta locura. No es tan difícil de entender.

—Resulta difícil ahora —dice Ramiro más serio—. Tú lo has dicho: es una locura en que estamos metidos hasta el culo.

Emiliano le mira.

Ramiro se encoge de hombros.

—Y hay que salir de alguna forma —concluye.

